

Desmenuzando unos textos empapados de vida

Un misterio que se anuncia

El tiempo de Navidad se concluye con el Bautismo de Jesús aunque el 2 de febrero, con la celebración de la presentación del Señor en el Templo, nos hará respirar nuevamente aires navideños. Viene a ser, esta fiesta, una especie de puente entre la infancia del Señor y su vida pública. Ya en el año 300, el 6 de enero, la Iglesia oriental celebraba la Epifanía y el Bautismo del Señor, aunque en la Iglesia occidental se destacaba poco este último aspecto. Con la reforma litúrgica de 1969 el Bautismo de Jesús adquiere una relevancia mayor.

Es el comienzo del ministerio público de Cristo en el que se revela el misterio de Dios. La liturgia oriental, en una hermosa composición poética, lo celebra diciendo:

"Cuando Tú, oh Señor, fuiste bautizado en el Jordán, se manifestó la adoración a la Trinidad. ¡Oh Cristo Dios que te manifestaste a nosotros e iluminaste el mundo, ¡gloria a ti!"

¿Cómo se manifiesta Jesús en el río Jordán? La lectura primera nos lo dice con toda claridad: el Hijo se hace siervo respondiendo, por amor, a una llamada, a una misión. En definitiva, es hacer realidad la vocación que Dios ha dado al hombre desde el principio.

En Génesis 2,8 se dice que Dios creó un "jardín" y que toda la tierra era un vergel inmenso; "el Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en él para que lo guardara y lo cultivara". (Gn 2,15).

Devolviendo al hombre la vocación primera

En este versículo hay un verbo que expresa una rica teología del significado del servicio. Es la misión de

Cristo: devolver al hombre su vocación primera cuando fue formado del barro de la tierra.



Cultivar, en hebreo, se dice "abad" -אָבַד- que literalmente significa "servir". Adán recibió el jardín como un regalo con la finalidad de servirlo, trabajarlo, cultivarlo. Este quehacer tiene un aspecto de "liturgia": liturgia de lo creado que las personas pueden realizar, porque para ello han sido creadas.

El hombre viene a ser, por tanto, como sacerdote en la creación del amor de Dios; amor que se le revela en la naturaleza y que le lleva a ofrecer todo lo creado, en continua acción de gracias.

Dios bendice todo lo que de sus manos sale que, en lenguaje bíblico, significa que hace de toda la creación signo y medio de su presencia y su sabiduría, de su amor y revelación. De ahí "¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!" (Sl 34/33, 8/9).

El hombre es un ser hambriento. Tiene hambre de Dios. Detrás de esta carencia está Dios. Cada deseo es, en última instancia, un deseo por él. Por supuesto, el hombre no es el único ser hambriento. Todo lo que existe vive porque "come". Toda la creación depende de la comida. Pero la posición única del hombre en el universo es que sólo él debe bendecir a Dios (es lo que se hace – en un contexto eucarístico– en la oración que se pronuncia en el momento de presentar los dones), por el alimento y la vida que recibe de él. Sólo él debe responder a la bendición de Dios con su bendición.

No es coincidencia que la caída, en el relato del Génesis, se centre en la comida. La humanidad come la

única fruta que no le fue ofrecida como don. Comer ese fruto indicaba entrar en una relación tóxica con lo creado en la que Dios es excluido. A partir de ese momento, dejó de tener una encomienda sacerdotal para celebrar la liturgia de lo creado. Es más, el mundo muchas veces se muestra como un lugar maldito que lo aleja del amor de Dios.

Saboreando la cercanía de Dios

Si al principio de la creación "el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas" (Gn 1,1), Jesús desciende a las aguas del Jordán como primicia de una nueva creación. En ese momento el cielo se abre, y "el Espíritu Santo desciende sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma".



Ya al comienzo del libro del Génesis, sin mencionarla, se dice que «el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas» (Gn 1, 2). Luego, la paloma fue quien comunicó a Noé que el diluvio había terminado y que la vida podía reanudarse (Gn 8,11). Es un nuevo empezar, una nueva alianza, la que se inicia y que será sellada en la cruz: el nuevo Sinaí de Dios.

A partir de ese momento, el hombre puede realizar la misión primera gracias a la obediencia de Jesús, que se hizo servicio generoso en favor nuestro y su alimento, en contraposición al primer Adán, fue hacer la voluntad del Padre. Desde entonces, en Cristo y por Cristo, la humanidad redimida ofrece el mundo a Dios y, en esta ofrenda, recibe del Altísimo el don de la vida. Es el misterio de la Eucaristía.



Un salmo para rumiar

Sal 28, 1a y 2. 3ac4. 3b y 9b-10



**Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor**

en el atrio sagrado.

**La voz del Señor sobre las aguas,
el Señor sobre las aguas torrenciales.**

**La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica.**

El Dios de la gloria ha tronado.

En su templo un grito unánime: «¡Gloria!»

**El Señor se sienta sobre las aguas del diluvio,
el Señor se sienta como rey eterno.**

Este salmo contiene una descripción de uno de los espectáculos más imponentes, que la naturaleza puede ofrecernos: el de una tormenta.

Lo que distingue profundamente al salmista, de tantos poetas y artistas que son expertos en pintar los sublimes fenómenos de la creación sin elevar sus pensamientos a su Autor, es que ve en ella *la obra de Dios*; una manifestación brillante de su presencia y poder de Dios. *Es la voz del Señor* que él dis-cierne en los majestuosos rugidos del trueno.

Este espectáculo, no sólo le lleva a postrarse en humilde adoración ante la majestad divina, penetrándole en un profundo sentido de la grandeza de Dios y de la pequeñez del hombre, sino que fortalece su fe y le llena de alegría santa. Le recuerda, sin em-

bargo, tan grandioso espectáculo, que el Altísimo también se manifiesta en favor de los que lo aman y esperan en él. "El Señor", exclama para concluir, "*da fuerza a su pueblo*" (versículo 11).



El Salmo 28 (29) es llamado también el de las siete voces. El motivo es que siete veces habla de la voz de Dios expresándose a través de la tormenta, el relámpago, el misterio del brotar y caer de las hojas. ¡Qué poder en esa voz!

Pero esta voz también puede ser "suave, sutil"; como cuando habló al profeta Elías para animarlo y dirigirlo (1 Reyes 19,12).

Sí, Dios nos habla, con fuerza o mansedumbre. Lo hizo de una manera muy especial para mostrar quién era Jesús para él: «*De la nube salió una voz que decía: 'Este es mi Hijo amado, escúchalo'*» (Lc 9, 35); o también: "*Entonces vino una voz del cielo, y yo le glorifiqué, y le volveré a glorificar*" (Juan 12,28).

Este hablar de Dios tiene el suficiente poder para cambiar nuestras vidas, para romper nuestra resistencia. Despliega, en favor de aquellos que confían en él, la autoridad que se muestra tan brillantemente en la naturaleza. Su voz también es dulce y benéfica para consolarnos e instruirnos. A través de ella, nos damos cuenta de la grandeza del Todopoderoso y de su amor por nosotros.

Hemos de aprender a reconocer esa voz en la historia de nuestras vidas, en nuestras tormentas y en desiertos, para que confiemos mejor en sus promesas y nos inclinemos con gratitud y adoración ante su presencia.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO DEL BAUTISMO DEL SEÑOR "C"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Isaías 42, 1-4. 6-7

Esto dice el Señor: Mirad a mi Siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones... «Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas.

Lucas 3, 15-16. 21-22



En aquel tiempo, el pueblo estaba expectante, y todos se preguntaban en su interior sobre Juan si no sería el Mesías, Juan les respondió: «Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego». Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco,